



La Escalera  
Lugar de lecturas

Visita  
al territorio de

# Claudio Magris

CLAUDIO MAGRIS

*Así que Usted  
comprenderá*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

## ASÍ QUE USTED COMPRENDERÁ

No, no he salido, señor Presidente, ya ve que estoy aquí. Le agradezco una vez más el permiso especial, de veras excepcional, me doy cuenta, no se vaya a creer que no le estoy agradecida; él también se emocionó a más no poder, nunca hubiera creído que obtendría, cuando la solicitó, la autorización para entrar en la Casa, para venir a por mí. Claro, él temía no habérselo agradecido lo suficiente, hasta el punto de que alguien —no vi bien de quién se trataba, con esta luz tan mortecina; aquí dentro se ve poco, las sombras se escabullen antes de que se las pueda mirar a la cara, sin contar con que todos se parecen, nos parecemos, es lógico, en una Casa como esta—, alguien creyó que él, en el último momento, quiso volverse atrás para agradecerle a Usted una vez más su concesión y que fue por eso por lo que... Si luego las cosas fueron como fueron, la culpa no es de nadie —es decir es culpa mía, de todas formas qué importancia tiene quién o qué es lo que hace uno aquí dentro. Al menos eso es lo que piensan los que están ahí afuera, para los que no contamos ya lo que se dice nada.

Para él sí que contaba yo y sigo contando, vaya si sigo contando, si se ha tomado la molestia de venir hasta aquí abajo y no se ha rendido, como los demás, ante el severo reglamento de la Casa de Reposo que prohíbe a sus huéspedes —en su interés, en el nuestro— recibir visitas y arriesgarse a perder la paz y la tranquilidad, así que figurémonos el poder salir, ya se entiende, faltaría más, verse luego en ese maremágnum, en ese caos de tráfico y de gente maleducada o aún peor, por no hablar de las inclemencias del tiempo, de las que aquí por lo menos estamos al abrigo. Pero él me quiere de verdad, está tan enamorado como el primer día; le dio una chifladura tan grande que no podía pasarse sin mí, desde que mi salud, que empeoró de repente, obligó a que me internaran en la Casa de Reposo —

estupenda, cómoda y bien equipada, nada que objetar— y lloraba y chillaba y se abandonaba, la barba crecida y sin cambiarse siquiera de muda. No había amigo que encontrara al que no le diera la paliza con su desgracia y su soledad; no le bastaba saberme cerca y bien atendida, mejor ahí que en casa o en el hospital, decía, de eso no cabe duda, pero qué hago yo solo, doy vueltas por las habitaciones vacías como si fueran las de otro, las de un extraño, si abro un cajón es siempre el cajón equivocado, me recaliento el café del día anterior, que echa para atrás, y la cama, la cama vacía... En su lado veo aún la leve comba de su cuerpo, se exaltaba; es imposible, ya sé que es imposible, quién sabe la de veces que se han cambiado las sábanas desde aquella vez, pero está allí, sí, allí, repetía, ese hueco ligero junto a mí, conmigo, su ausencia a mi lado, compañera de mi vida, ni siquiera los libros consigo encontrar ya, era ella la que los ponía en orden, no, no podéis entender...

Al cabo de poco hasta los amigos se lo quitaban de encima, aquella inagotable melancolía fastidiaba a la gente, igual que todos aquellos signos de arrepentimiento, aquel acusarse de quién sabía qué culpas... Es natural, decían, todos hacemos lo mismo, cuando se está mal no se puede hacer otra cosa, las Casas de Reposo están ahí para eso, para nuestros seres queridos, para su bien cuando están mal, porque cuando están mal —y solo Dios sabe lo mal que estaba, con aquella maldita infección, ni que me hubiera picado una serpiente venenosa, fuego y hielo y un desvanecimiento continuo en todo el cuerpo— nunca sabemos cómo ayudarles, qué hacer con ellos. Para eso están las Casas de Reposo. Hay que resignarse, es más, estar contentos y en paz con la conciencia, cuando los acompañamos y los dejamos en manos de un personal tan cualificado.

Pero él no, al corazón no se le dan órdenes, decía, el corazón se rompe, y si se le dice que no se rompa se rompe igualmente, como el mío, protestaba, ah, no puedo más, saber que está allí, en aquel ambiente, en esas salas inmensas o en esos cuartos tan pequeños, en esa colmena, ella en medio de todos esos otros, apergaminados como momias, sucios; sé que les limpian enseguida, todo está siempre como es debido, incluso el jardín, pero mientras tanto ella, tan hermosa y tan delicada y soñadora —sí, así es como me ve, es realmente una alhaja de hombre, mi hombre—, con esa cara

y esa sonrisa con las que no pueden los años, en medio de todos los demás —ella tal vez hasta puede que se encuentre bien, añadía, no le falta de nada, lo sé, pero yo, yo cómo hago sin ella, bienaventurada ella y mísero de mí, piedad, piedad para el infeliz amante... Si pensáis que exagero, les decía a los amigos, quiere decir que no tenéis corazón ni sentimientos, que no tenéis poesía en el corazón, quién podrá ya comprender mi pena y mi tormento, el sufrimiento, el dolor de un poeta...

Y se ponía a escribir, en esos cuadernos que conozco tan bien; escribía mi nombre y luego alguna cosa más y de nuevo mi nombre y todavía alguna otra cosa, pero luego arrancaba la hoja y la tiraba, porque comprendía que no se le ocurría nada que decir. De esas cosas entiende lo suyo, lo lleva en la sangre, se da cuenta enseguida si le salen trivialidades —él siempre se lo ha perdonado todo, con las mujeres además se permitía enredar todo lo que le parecía y pretendía incluso que le comprendieran y le compadecieran, tan sensible y vulnerable como era...—, pero con las palabras no, con las palabras no se perdonaba nada, sentía enseguida cuando algo no iba bien y no intentaba dar gato por liebre.

En el fondo, solo cuando estábamos juntos se sentía tranquilo, seguro —incluso de lo que escribía, después de leérmelo y haber visto en mis ojos, es más, decía, en tu boca, cuando los labios antes un poco enfurruñados se abrían levemente, casi en una sonrisa, no, aún no, pero... Yo sus palabras se las podaba, claro— él, con lo excesivo y desmesurado y magnánimo que siempre ha sido, se prodigaba en palabras a manos llenas y yo se las mondaba, tiraba la corteza, la raspa e incluso bastante pulpa, cuando hacía falta. Él no hubiera sido capaz, ávido e incontinente y compulsivo como era, siempre con un bocado o una copa de más, pero a mí me dejaba que le pusiera a dieta y sabía que si después de haber pasado todo por el cedazo quedaba algo en el plato, era verdaderamente algo bueno. Contigo, decía, junto a ti sé quién soy y no estoy nada mal.

Si lo han mimado con todos esos laureles y esos premios literarios, a mí me lo debe, que le he limpiado sus páginas de la mucha grasa y papilla sentimental que tenían —ah, cuánto lastre ha acabado en la papelera gracias a mí, a lo mejor entre tanto papelajo también se me ha escapado algo bueno, quién sabe, qué le vamos a hacer, paciencia, así aprende. Él, de todas

formas, no decía ni pío, estaba siempre de acuerdo conmigo, tenía olfato para esas cosas y reconocía mi olfato, y si se daba cuenta de que alguna vez me equivocaba —oh, casi nunca— seguía sin decir ni pío, no se iba a poner a reñir ciertamente por una línea de más o de menos. Yo era su Musa y a una Musa se la obedece, ¿o no es así?

Un poeta repite fielmente lo que ella le dicta y así se gana sus laureles. Después los trae a casa y su Musa los pone en el asado que le prepara con todo el amor del mundo, porque así sabe mejor. Él, en la confusión entre el laurel de la cabeza y el del plato, repetía incluso en casa, en la mesa, lo que yo decía. Hombre, con lo charlatán que era, siempre ampliaba y amplificaba y añadía de su cosecha y yo le dejaba que llevara la voz cantante, en especial si había gente, y es más, estaba orgullosa de esa labia suya tan desenvuelta y pimpante —y esa sí que me falta aquí dentro, tan silenciosos como están todos o susurrando como en la iglesia—; estaba orgullosa de oírle repetir, hinchadas y llenas de fiorituras y exageraciones, las cosas que yo le había dicho. E incluso si las tomaba a risa, para quedarse con la concurrencia, yo le dejaba que hiciera lo que quisiera, pues sabía en cualquier caso que sobre las cosas esenciales, ponerse el jersey, dejar de fumar y de jugar a las cartas con esos otros cantamañanas, ser menos despilfarrador, dejar en paz la política o no volver tarde por la noche, no decía tampoco ni pío, como cuando le eliminaba una página o un capítulo o una poesía, por ejemplo todas las que escribió hace tres años para aquella lagarta.

Estaba orgullosa de que todos lo admiraran y no me importaba que no supieran que era mérito mío, que le metía siempre en cintura. Y no me da poca rabia, ahora, que, con la excusa del dolor y de la pesadumbre, se abandone a todas esas indecencias que le había quitado una a una, como los hilos de la chaqueta o los pelos de la nariz —sí, le he revestido y cambiado de lo alto de la cabeza a la punta de los pies, desde que estamos juntos, hasta el extremo de que nadie le reconocía ya; no me cabe duda de que incluso él, al verse la cara en el espejo, tan arreglada, se quedaba con la boca abierta. Y lo mío me costó, pero ese mimado, en lugar de estarme agradecido... Paciencia, es el destino de las mujeres. De todas formas... Pero que ahora haya vuelto a las andadas, a las uñas negras y la barba de

días, a trasnochar y luego a quedarse en la cama hasta mediodía...; en fin, que hace lo que le da la gana, como un jovencito sin ningún fundamento, siempre desarreglado... Ah, si hubiera salido, me habría bastado un par de días...

Ya sé, ya sé que algunas veces no podía más..., ¿y yo no?, ¿o qué? Pero..., pero él sabe muy bien que, al margen de todo lo demás, fue entre sus brazos donde yo me convertí en una mujer y entre los míos donde él se convirtió en un hombre..., en un verdadero hombre, y no en un narciso cauteloso; alguien que va por su camino y no tiene miedo de lo que le pueda suceder. Desde que estoy aquí, la verdad sea dicha, he oído decir que se ha vuelto insoportable, quejicoso y presumido; pide ayuda a todo el mundo y no escucha a nadie y pretende que le estén escuchando y le admiren solo porque no sabe a qué carta quedarse. Pero si estuviera yo...

Y quién sabe además cómo se las arreglaré ahora que ya no le puedo pasar a máquina sus versos... Cometo demasiados errores, decía, no me las apañó nada bien, es una vergüenza, pero también era muy cómodo, así me tocaba hacerlo a mí y mientras tanto él se ponía a leer el periódico o se iba a beber una cerveza. Ahora, sin mí, se dará cuenta; esas mujeres que van a oírle cada vez que lee algo suyo en público o da una conferencia lo miman, lo manosean —esas estúpidas adoran a quien sabe rimar dos palabras y se hacen la ilusión de que allí debajo late el más misterioso de los corazones—, lo abrazan, se lo llevan de aquí para allá, va a resultar que a una se le queda un día en la mano la chaqueta y a otra un brazo, hacen que les firme libros, le escriben cartas exaltadas y él les responde a todas, también él en tonos inspirados. Algunas veces me rogaba que respondiera por él, en su nombre, y me divertía de lo lindo haciendo que babearan todavía más y teniéndolas en ascuas —pero ya me gustaría a mí ver si se ponen a escribir a máquina o al ordenador por él, a copiar sus libracos ilegibles, esa escritura suya de neurótico.

Pero enamorado y cabezota, como un verdadero neurótico. Es estupendo que te ame un neurótico, da seguridad. Sabes que no se le va a pasar, una idea fija resistente a todos los embates de la vida. No creo que me hubiera enamorado tanto si no hubiese sido tan neurótico. Algo sabe Usted ya de eso, señor Presidente, de su ansiosa meticulosidad. De su

solicitud para obtener mi permiso de salida, con todos los sellos y timbres correspondientes, de su recurso tras la primera denegación, con las nuevas alegaciones y la minuciosa reclamación ante los vicios de forma del documento de ustedes, siempre con la justa dosis de precisión burocrática, maniático formalismo jurídico y repentinos vuelos de la fantasía y arrebatos de pasión, destinados a impresionar al Consejo de Administración de la Casa de Reposo —si bien a ustedes, y sobre a todo Usted, señor Presidente, no es fácil impresionarles con frases bonitas, con súplicas o peticiones que conmoverían al más pintado.

Usted, Presidente, conoce mejor que nadie el corazón humano. Desde hace un tiempo inmemorial, una eternidad, lo ve hincharse pomposamente, sobresaltarse excitado, abrirse con entusiasmo cuando le viene bien y cerrarse con aridez cuando se le pasa de veras factura —siempre de buena fe, por favor, todos se complacen sufriendo por su propia hipersensibilidad y enterneciéndose dolorosamente al ver sufrir a aquellos a los que han herido inocentemente. Hay que ver cómo se puede prescindir de él, es la vida; claro que es triste ver mustiarse las flores que el destino cruel nos ha hecho pisar, pero...— Tampoco él, si es por eso, tenía muchos miramientos con alguna que otra inocente e infatuada jovencita. Si arrancaba alguna florecilla, se convencía de que, en el fondo, bien podían estar orgullosas de adornar la guirnalda de un poeta, ¿o no?

¿Cómo? No le oigo bien, Presidente, discúlpeme. Es que no le veo, en esta oscuridad —ya entiendo, ya entiendo, no es tacañería de la Casa, es que hay gente que duerme, no era mi intención protestar, faltaría más, sería una verdadera ingrata, después de haber recibido ese permiso excepcional, excepcionalísimo, una verdadera gracia, que si luego no he aprovechado es solo culpa mía. Es más, esta luz velada, opaca, me gusta; me parece que estoy en el fondo del mar, donde todo está detenido, inmóvil, incluido el tiempo. Nos gustaba tanto sumergirnos juntos en el agua azul oscura, profunda enseguida, a la orilla de aquella isla que habíamos hecho nuestra; tal vez solo allí abajo, en la fijeza de aquellos instantes tan largos como siglos, fuimos felices. Pero entonces también aquí dentro, aquí abajo, en esta casi oscuridad... De todas formas solo le quería decir que no le veo, señor Presidente, que no sé dónde está Usted, y de ahí que a lo mejor me

vuelva por el lado equivocado y se me pierdan de vez en cuando sus palabras. Ah, Usted quería preguntarme si fue así también conmigo, si yo también era una de esas pobres flores mimadas, manoseadas, de las que, una vez que pierden su frescura, ya no quería saber nada...

De ninguna de las maneras, quédese tranquilo, yo no. Además, en ese caso, él no se habría tomado el tremendo trabajo de venir hasta aquí adentro, hasta aquí abajo; algo como para ponerle los pelos de punta a cualquiera, de hecho ningún otro se ha atrevido jamás —solo él, por mí, por mí que no soy una flor que coger, decía, sino una llama en la que calentarse el corazón o incluso abrasárselo, un vino áspero y dulce que le quitaba la sed y le dejaba con cada sorbo una gran sequedad, un gran verano... Le enseñé yo a todo, a permanecer mucho rato en mí, antes y después, a esperar que le permitiera, que le ordenara correrse, y a todo lo demás. Cuando hacíamos el amor, era como un mar, una gran ola que se mece, se eleva, se hunde y rompe en la orilla; él sin mí todavía sería un niño, alguien que hace el amor lo mismo que se suena las narices, no un hombre.

Sí, yo le enseñé todo. No solo el amor. También el amor, desde luego, pero asimismo todo lo demás, la valentía, la fidelidad, mirar a la oscuridad y que le importara un bledo el tembleque... —un hombre, no un escribiente que fanfarronea con la pluma y luego se las pira. Entraba en mí como una espada, dócil y poderoso, señor y esclavo y compañero y todo lo demás— el ala del halcón rasga el cielo, olor a tierra húmeda, mío, suyo, hojas que ruedan en el viento. Con esa espada ya no tienes miedo de nada y él también, entre mis brazos y mis piernas, olvidaba sus miedos, y sí que los tenía, pero se los echaba a la espalda, como hacía con la ropa cuando nos íbamos a la cama. Qué pena me dan los que tienen miedo, que se ponen nerviosos por un granito de más bajo el seno o en la barriga, por una cucaracha bajo la mesa o una corriente de aire; la gente está llena de tics, quiere decir que no hace el amor como es debido, si no esas manías se le pasarían, yo no hice tantas pamplinas por aquella mala infección, si bien sabe Dios lo que me disgustaba, pero no te puedes poner como una histérica por cada culebra que te encuentres entre los pies —aunque vengan a por ti esos esbirros vestidos de negro y te metan a la fuerza en sus coches negros te dan solo pena, como todos los carceleros y los aguafiestas y capitostes de



este mundo. Y si me estremecía, es natural, suele ocurrir, me bastaba pensar en su...

Perdóneme, Presidente, no era mi intención tomarme confianzas ni mucho menos ser maleducada. Me han dicho y repetido hasta la saciedad que de estas cosas no se debe hablar. Con Usted, además, sería una desvergüenza, una indecencia. Pero..., bueno, yo también, en tiempos, creía que Usted era muy severo, puritano, alguien al que le da por castigar a Adán y Eva solo porque quizá hacían el amor en aquel hermoso jardín, que nada más ver todas aquellas flores tan bonitas, aquellas corolas abiertas, te tenían que venir unas ganas como ni siquiera a nosotros dos aquel verano a la orilla del mar... En resumidas cuentas, que Usted pasa por ser alguien que no ve con buenos ojos las clases mixtas. Es una calumnia, puedo dar testimonio de ello, aunque a Usted le traigan sin cuidado las mentiras y las vulgaridades que se puedan decir sobre Usted. Desde que estoy aquí, en esta gran casa —aún no la he visitado toda, pero qué digo toda, ni siquiera una pequeña parte—, me parece que no es así, que a Usted le traen sin cuidado esas cosas, es más, que se alegra si dos... En cualquier caso no se entromete. Mientras que sobre otras cuestiones, en cambio —como pelearse, mentir, hacerle daño a alguien—, enseguida se comprende que no transige, que se convierte en el tío de la cachiporra. Será también porque como no hay mucho de lo que preocuparse, aquí dentro, siempre hay quien alarga la mano bajo las faldas o entre los pantalones..., con estas luces tan tenues y este frío y con el poco aire que hay estamos todos un poco de capa caída, si no, no estaríamos aquí, por lo demás, y no es que haya entre nosotros lo que se dice muchas ganas de foll..., en resumen, de los placeres y pecados de la carne. Y así es como Usted, en el gobierno de la Casa, pierde cuidado y deja pasar alguna que otra inocua promiscuidad.

Por lo menos eso es lo que creo, porque hablar, no hemos hablado jamás. A la fuerza, pues yo a Usted no le he visto nunca. Eso me ha sorprendido un poco, todo hay que decirlo. Que allí fuera Usted no se deje ver es normal. A lo mejor va por ahí disfrazado, es más, de eso no cabe duda, no está Usted ingresado como nosotros, pero naturalmente no puede exponerse a que le reconozcan. ¿Se lo imagina? Se le echarían todos encima, venga a preguntarle, a agradecerle, a protestar insistir insultar pedir

perdón reprochar sacar a relucir quejas y más quejas y discusiones y jaleos y desgracias de quién sabe cuándo... Ni siquiera Usted, tan acreditado y temido, se las arreglaría así como así. Pero aquí dentro, en la Casa, por lo menos nos podría mostrar su cara —nada más que para serenarnos, eso es, tranquilos, aquí estoy. A fin de cuentas, Usted es el Presidente de la Fundación que se hace cargo de la Casa, el primer y hasta ahora único Presidente, el que ha montado todo el tinglado, dentro y fuera, por amor a nosotros... Y en cambio no se deja ver nunca, aquí dentro, quién puede decir que lo ha visto. La culpa la tendrán esas luces tan difusas y veladas que parecen apagadas— que luego, ya me perdonará, hasta podría ser sugestivo y a mí personalmente no me disgusta, pero no es de buen gusto, a veces parece que estamos en una discoteca equívoca, allí no se entiende nada a causa de la música a todo volumen, y aquí están todos callados o hablan tan bajo que no se entiende nada tampoco.

Pero, aparte de las luces, no es que haya luego una diferencia tan grande entre la Casa y lo de fuera, tal como se cree o por lo menos tal como la Casa publicita, en sus filiales y en sus oficinas de representación, en sus numerosísimas agencias. No hay que dar crédito a esos viajantes de comercio; les entiendo, dar gato por liebre es su oficio, tienen familia, te enseñan folletos y fotografías y cuadros, playas maravillosas, cielos sin sombra de nubes, el billete para un paraíso cuesta poco, comodidad y decoro asegurados y descuentos para las familias, cuando se tercie, verá, señora, allí abajo es todo distinto, la verdadera vida que nuestra sociedad falsa y echada a perder ha contaminado. Adán y Eva hicieron marranadas por todas partes y sus hijos y nietos todavía peor, el mundo está enfermo y estropeado, subíos al coche —puesto también a disposición por la empresa e incluido en el precio— y marchaos, no os arrepentiréis, no os podéis imaginar siquiera lo bien que os encontraréis, de lo distinta que es la Casa.

Y en cambio casi no me he dado cuenta de que estoy en otra parte. Las calles, por ejemplo, se parecen, son casi iguales. Oscuras de gentes que caminan, se rozan, chocan unas con otras, se miran aviesas y recelosas, desaparecen entre las casas y los pasillos, un río que fluye entre recodos y meandros, se agranda y adelgaza entre las orillas aunque las orillas no se vean, no existan. El agua brilla por un instante a la luz, desaparece en la

sombra; una nube, el techo desciende, la marea parda se te echa encima, se te lleva por delante pero no te hace daño, el agua es blanda como la niebla, incluso la muchedumbre que te atosiga es blanda, cuerpos de barro tierno que se te desmenuzan entre las manos y se disuelven antes de que los abras. La corriente es rápida, los árboles inclinan sus frondas y sus ramas sobre el agua, te azotan la cara pero es solo la leve caricia de unas hojas que se desvanecen enseguida; un rostro pasa a tu lado, te sonríe con incertidumbre y ya ha desaparecido entre el gentío maleable, figura de humo. Se te encoge el corazón. Amor mío, hazme de escudo...

Aquel domingo en la ciudad donde estabas de soldado —ayer, hoy, hace mil años, aquí nos han prohibido tener relojes y calendarios, nos los requisan al entrar, todo es ahora y nunca—, bueno de soldado, estabas de uniforme, con todos los libros que habías escrito te habían puesto enseguida a hacer de escribiente, de furriel; aunque cometieras muchos errores no te importaba, porque no se trataba de tus canciones; a ti la máquina de escribir te gusta por lo que es, tus dedos sobre las teclas como golpes del destino, las letras y los números que se suceden sobre el papel. Siempre te ha gustado escribir, no importaba el qué, escribir y ya está; es el gesto lo que cuenta, gesto de poeta, gesto de rey, soberano albedrío sobre las pobres vocales y consonantes que aparecen a tus órdenes y se ponen en fila, marchen, alineación derecha, rompan filas. Hacer una pelota con la hoja y tirarla a la papelera; pero eso, allí, en el cuartel, no podías hacerlo; cada hoja tenía su sentido y su precisión y la ordenabas en los registros o apartados correspondientes. Ojalá siempre hubiese sido así incluso fuera del cuartel, una vez acabado el servicio militar; cada palabra, cada frase, cada página justificada y necesaria igual que en aquellos registros, una fuerte y hermosa canción de vida.

En cambio fuera, de permiso, colgado el uniforme, con licencia, las canciones, incluidas las tuyas, se confunden en el vocerío y el zumbido, un verdadero parloteo que se pierde por el camino; es incluso inútil alzar la voz, todavía peor, un énfasis estridente, una corriente de aire desparrama las páginas sobre la mesa y las desperdiga quién sabe por dónde. Aun ahora que allí fuera gritas atormentado mi nombre, o uno de los muchos nombres que te gustaba ponerme al entrar en mí, mi Eurídice, decías, mi... —aun

ahora que gritas y lloras el amor perdido, rimándolo con el fluir de las aguas y el murmullo de las hojas o en versos libres y salvajes como las bocinas por la calle, quién sabe lo que te sale...

En el cuartel, en cambio, tenías cada papel en su sitio; hasta estaba contento contigo el subteniente y te daba de buena gana permiso cuando yo iba a verte. Como aquel domingo..., las calles abarrotadas de gente, nos empujaban, chocaban con nosotros, a veces el gentío nos separaba. Los dos tímidos, ardorosos, avergonzados buscando una habitación, recortando en el universo que mostraba sus garras un ínfimo espacio para nosotros, solo para nosotros, tan pequeño y angosto que solo se pudiera estar estrechados, abrazados. Hacer el amor en el suelo, en la silla junto a la jarra del agua en el cuarto de aquella vieja alcahueta; una hora, dijo con obscena familiaridad, sabía que ruidosa la vida, adulta y hostil amenazaba nuestra juventud —no, no son tuyos esos versos, amor mío, a lo mejor ni los conocías, te los recordé y te los dije yo, entre aquella multitud, y tú no te cansabas de repetirlos, siempre has tenido el seguro instinto de la grandeza, y los has cantado y vuelto a decir con tu lira. Qué importa que no fueran tuyos, eran tuyos, decías; el canto habla por todos, incluso por mí, que nunca sabría crear esos versos. Sabías que la poesía no es jamás solo tuya, como el amor, sino de todos; no es el poeta el que crea las palabras, decías y declamabas, es la palabra la que se le echa encima y le hace poeta, así tal vez te consolabas un poco, pobre caña en la que sin mérito por su parte sopla el dios como en todas las cañas, hasta en las mayores y más melodiosas, pero no por su virtud. ¿Qué importa de quién es ese canto si habla por ti, por nosotros?, ¿qué importa de dónde venga el agua que sacia la sed y se hace tuya en tu boca? También muchas de mis palabras acabaron entre tus cantos, entre tus rimas más celebradas y admiradas por todos, y yo me alegro de ello, porque eres tú quien las dice y así me amas todavía más...

Subimos a todo correr por aquellas escaleras, para no perder ni uno solo de los preciosísimos segundos de aquella hora pagada de antemano; sentí compasión por la rufiana que se reía sarcásticamente, pobre ingenua, convencida como estaba de que aquellos dos, nosotros dos, como muchos otros, tras algún que otro estremecimiento y alguna mancha en las sábanas,

bajaríamos por aquella escalera como dos extraños, indiferentes, con prisa por saludar y desaparecer cada uno por su lado. Pobre vieja ingenua; tal vez fuese siempre así, el dinero en la mano sudada, un rápido jadeo, algún que otro jueguito fuera de la norma, cada uno tiene el suyo, y el corazón tranquilo, en paz, ausente, no existe y todo va bien, el mundo es un hotel de paso, un paraíso, ninguna picadura en el corazón, ningún adiós. Y en cambio, hasta en la más rutinaria costumbre, en el más sórdido vicio, esa punzada de amor, esos ojos extranjeros y perdidos que por un instante dicen todo lo que falta... La felicidad, el vacío, la catástrofe, la plenitud insostenible del estar juntos...

Cuando ya parecía claro que estaba a punto de trasladarme a la Casa y tú te pasabas las horas junto a mi cama, me veía tan hermosa, en tus ojos; me deseaba a través de tu mirada; sabía que estaba blanca y pálida, agotada por aquel veneno, pero en tus ojos todavía estaba morena de sol y de mar como cuando íbamos a nuestra pequeña isla, llegábamos a ella a nado y desembarcábamos entre los graznidos de las gaviotas, desnudos y resplandecientes como dioses. Tú estabas sentado a un lado de la cama, te cogí la mano e hice que me acariciaras bajo las mantas; tu mano se hundía en mí, el pescador descendía en la gruta marina de nuevo húmeda y rezumante, te guiaba por aquellas profundidades, sin miedo, yo jamás he tenido miedo del amor, tú en cambio sí, hombre de poca fe, pero yo cada vez te sacaba fuera de la vorágine de la angustia haciendo que te hundieras en mí, que entraras, que penetraras en mi profunda oscuridad; cuando descendías a la noche oscura de mi regazo volvías a encontrar tu claridad, tu libertad y seguridad. Igual que en aquella gruta marina de nuestra isla, decías; uno se zambulle en las tinieblas y luego va y se encuentra en una maravillosa luz azul.

También aquella vez, al comienzo, vacilabas al hundirte en mí; tu mano era insegura bajo las mantas, fue la mía la que la guio y empujó adentro. Entrando en mí sentí que remontabas desde el fondo de tu miedo, que volvías a encontrar fuerza y coraje; tu mano antes cauta se volvía atrevida y fuerte, aquel placer nocturno en el umbral de la inmensa noche que estaba descendiendo sobre nosotros era incontenible, en aquella mano tuya gocé tal vez como nunca; vete al mar, te dije poco después, a nuestra bahía tan

azul que parece negra —después de haber hecho el amor, en aquella isla, íbamos siempre a zambullirnos en el agua—, vete, hazlo también por mí, cada placer tuyo es también mío y te restituye a mí más fuerte y más hombre. Sin aquella vez bajo las mantas —la última, luego venció aquel veneno en mis venas— no hubieras tenido el valor de entrar aquí adentro, de bajar a buscarme aquí abajo, a la Casa, a este otro antro de tinieblas.

Así que, señor Presidente, ante la noticia de ese increíble, único permiso, jamás concedido antes a nadie más, lo primero que pensé fue que iríamos de nuevo juntos al mar. Qué bien ha debido hacerlo, pensaba orgullosa, quién sabe cómo habrá conseguido conmoverle incluso a Usted, señor Presidente, a Usted tan misericordioso pero también tan justo y severo, a Usted que escruta los corazones y no se deja engatusar por las escenas que le hacen ni por las lágrimas fáciles, como muchos allí fuera, listos para que se las dé cualquiera que les venga con el corazón en la mano. Es más, tengo que decir que, si hubiese sabido que se le iba a ocurrir esa idea temeraria, enloquecida, grandiosa de venir aquí dentro y de presentarse ante Usted con esa solicitud inaudita, descarada, hubiera tenido miedo de que Usted se encolerizase y se tomase todo como una fanfarronada. Lo conozco bien, a mi hombre, incluso cuando se queja de un dolor de barriga parece una tragedia. Hasta a mí me molestaba a veces, ahora bien, conmigo no se permitía esas escenas, pues hacía que se le pasaran enseguida las ganas. Ahora en cambio me dicen que habla por los codos de nuevo... Pero... qué pocos se dan cuenta de la cantidad de verdadero dolor y de pasión y amor que hay en esas representaciones tuyas. Claro, ellos no son poetas, y no pueden entender a quien es poeta. Pero Usted, Presidente, debe ser ciertamente un poeta, secreto y grande, anónimo, como aquellos grandes poetas antiguos, que no se sabe quiénes eran... Así que si ha dejado que viniera a buscarme, es que tiene que haber leído su corazón mejor que yo, porque a veces hasta yo misma...

Le seguí enseguida; la idea del mar parecía que me había dado alas, caminaba y subía rápida por las escaleras en penumbra, atravesaba los largos pasillos, los rellanos y distribuidores atestados de bolsas, de maletas y paquetes, cosas que tratamos de traernos aquí dentro y que en cambio, según el reglamento, tenemos que entregar al personal. Quién sabe adónde

van a parar luego esos equipajes, habida cuenta de que también está prohibido devolverlos a las familias. A lo mejor se quedan simplemente allí, abandonados en un rincón, consumiéndose y ajándose hasta que desaparecen. Si no, hace ya tiempo que habrían ocupado y atascado toda la Casa.

Caminaba, corría, resbalaba en algún charco, le seguía, no veía el momento de hablarle, de mirarle a los ojos. Pero estaba prohibido y comprendía los motivos. Si los demás hubieran llegado a tener conocimiento de aquella visita imposible, jamás concedida antes a nadie..., tal vez una vez, dicen, hace ya mucho tiempo, pero es una de esas historias que se cuentan a los niños para que se porten bien, para hacerles creer que no es realmente imposible y que por lo tanto estén tranquilos y confiados, pero sucedió hace mucho mucho tiempo, hace ya tantos años que es como si no hubiese sucedido jamás, o a lo mejor sí, pero hace tanto que ya podemos esperar pero con paciencia, mucha paciencia, porque antes de que suceda de nuevo tiene que pasar el mismo tiempo y de ahí que no sea el caso de que nos pongamos nerviosos. Pero si hubiesen sabido que él en cambio había venido aquí adentro, aquí abajo, en carne y hueso, a por mí, si nos hubieran visto juntos, quién sabe cómo se habrían puesto. Aunque tampoco es para tanto. No dan, no damos miedo a nadie, tan desmejorados y macilentos, una ristra de vestidos colgados en el gancho. Pero somos —son, ya me parecía poder decir— realmente tantos, tan innumerables, que un poco de miedo sí que podemos dar, un enjambre de insectos que oscurece el cielo.

Yo corría silenciosa, hendía el gentío que se deshacía. Filas de gente pasaban delante de mí, sombras como los transeúntes de aquel paseo a la orilla del mar recortados en el fuego del crepúsculo, figurillas de papel dobladas por el viento. Las atravesaba afanosa intentando no dar demasiado al ojo, respondía al saludo de alguna tenue sonrisa que me parecía divisar de vez en cuando en algún rostro. Nieblas que se deshilachaban, grumos de cieno que cedían sin ruido bajo mis pasos; él delante de mí, lejos, su espalda recta y joven como si los años no hubieran pasado tampoco para él. De vez en cuando desaparecía tras el recodo de un pasillo, más allá de una pendiente pronunciada, se hundía en esas extrañas flores escarlatas que la

Administración esparce por la Casa y luego deja amontonadas por todas partes, una costra de brasas cada vez más oscura. Era raro que yo no percibiera el olor a buen seguro suave de esos pétalos carnosos y marchitos; quizá ya me he acostumbrado, pensaba, mientras que él reaparecía, se volvía a levantar tambaleándose de un riachuelo herrumbroso en el que había resbalado. Él adelantaba a duras penas, yo solo rozaba aquellas ciénagas y aquellos precipicios; le habría dado alcance en un momento si no me hubiera frenado, sabía que no teníamos que dejar que nos vieran juntos, suponiendo que aquellos ojos blancos a nuestro alrededor, a fuerza de estar tanto tiempo a oscuras, pudieran distinguir todavía una sombra de otra.

No me asustaba la idea de encontrarme de nuevo enseguida allí fuera, donde todo es mucho más difícil y cruel que aquí en la Casa. Yo sola sí habría tenido miedo y no habría salido nunca de esta paz, que había deseado e invocado cuando aquel morbo más venenoso que una serpiente me había dejado postrada. También él, solo allí fuera, había tenido miedo a buen seguro; tal vez por eso había venido a por mí. No para salvarme —aunque estuviera convencido de ello, aunque se lo diera a entender en sus canciones. Quizá engañosas, pero cautivadoras; yo le habría seguido aunque solo fuera por oírlas de nuevo.

No, no había venido para salvarme, sino para que le salvaran. ¿Cómo podré cantar mis canciones en tierra extranjera?, me decía. Era yo su tierra perdida, la savia de su floración, de su vida. Había venido para rescatar su tierra, de donde había sido exiliado. Y también para que le protegieran de nuevo de esos golpes feroces que llegan de todas partes y que yo había parado siempre por él, las flechas venenosas destinadas a él que encontraban en cambio mi seno, tierno en su mano pero fuerte como un escudo redondo para recibir y parar esas flechas, para interceptar y absorber su veneno antes de que llegase a él. Al final fueron demasiadas y el veneno me venció, pero entre sus brazos también yo fui feliz y dejé de tener miedo; no importa dónde llegue la flecha, si al costado o al corazón, al mío o al tuyo, cuando dos son uno solo. Sin él, tampoco yo hubiera sido nada, igual que él; una mujercita y un hombrecito que miran medrosos a su alrededor intentando hacer buen papel, sin ver los lirios de los campos.



No, no temía el aire crudo y cortante que enseguida me daría de nuevo en la cara. Ni siquiera las complicaciones que encontraría al volver a casa. Algún que otro lío sentimental, en mi ausencia, seguro que lo habrá tenido, pensaba; incluso serio, porque él es un alma generosa que se enamora de verdad, en fin, que se lo dice a sí mismo y se lo cree y así es como se mete en líos. Pero ya le había perdonado —qué digo, perdonado; solo quien no está enamorado perdona fácilmente, quien ama es implacable, no deja pasar ni una. Por lo demás conmigo no habría tenido el valor de hacer trampas como consigo mismo, de hablarme de hermanas generosas que solo querían mitigar su inmenso dolor, de decirme que ni siquiera él entendía cómo había podido suceder que alguna vez... No le perdonaba de ninguna de las maneras y, si corría detrás de él, sí, era también para ponerle las peras a cuarto, para que me las pagara, no sabía por qué, pero para que me las pagara en cualquier caso. Me hubiera gustado ver si habría tenido el valor de justificarse— esa manía de querer tener siempre razón ya se la había quitado yo desde hacía tiempo, igual que esa prepotencia suya de querer rebatirme a toda costa cuando yo le apabullaba —y yo sabía bien por qué, o al menos lo intuía, lo sentía— esa insinuación de que también yo a lo mejor alguna vez metía la pata... Dios mío cómo me hería su presunción, ese querer levantar también él la voz, como para hacerme eco, para tomarle el pelo, cuánto me exasperaba con sus antojos de ser uña y carne con todos, de abrir las puertas y los bolsillos al primero que pasara sin pensar en la familia. Pero conmigo no cuela y al cabo de poco había sentado la cabeza él también.

No me preocupaba ese par de mujercitas que a buen seguro le habían consolado durante mi ausencia. Esas no me dan ni frío ni calor; sé que a él es al primero al que le dan ganas de reír, solo con que las compare conmigo, y lo de compararlas conmigo siempre ha sido una manía suya, una verdadera fijación. Mucho mejor para mí, así las dejaba plantadas enseguida, hartas ya casi antes de empezar. Que un marido haga esas cosas, puedo entenderlo, aunque, si le pillo con las manos en la masa, sé bien cómo hacer que se le pasen las ganas para siempre. También él ha comprendido desde el principio quién es el que manda, en la cama. En cambio esos aires de gitano, de amigo del mundo que me dicen que ahora se

da de nuevo —ya, claro, la poesía, se comprende, la humanidad, el sentido religioso de lo humano y lo divino, conozco la canción, y mientras tanto venga a fumar en la cama y a olvidarse del cumpleaños de mi madre, mientras recuerda siempre el de su ancianísima chacha y hasta a lo mejor los de sus compañeras de colegio, eso sí que me sacaba de mis casillas y desde luego me gustaría ver si había vuelto a las andadas.

Y así es como corría detrás de él, abriéndome paso entre la muchedumbre que me envolvía y se dispersaba como una bandada de pájaros si sacudes las ramas en las que se han posado. El recorrido era largo, larguísimo —no, infinito no, la Casa es enorme pero no infinita, como se cree allí fuera, y pronto habría atravesado los canales que la ciñen, habría subido a esos ascensores que atraviesan innumerables plantas, habría llegado a la puerta custodiada por esos perros electrónicos que habían recibido de la Central la orden de dejarme pasar y habría salido, llegado; habríamos podido mirarnos a la cara, su mirada, la mía, los años que han volado como aquellos pájaros nocturnos que levantaban el vuelo a mi paso.

Estaba cerca, lo sentía; es un decir, cerca, la Casa es inmensa y sus pasillos escaleras galerías sótanos dependencias buhardillas parecen no tener nunca fin, pero yo sabía, sentía que pronto —no importaba cuándo, al cabo de años, dentro de poco— saldría y estaría entre sus brazos, su boca en la mía, sus manos en mis senos adormecidos, en mi sexo olvidadizo que empezaba a recordar, a despertarse de nuevo, un hilo de agua volvía a brotar del manantial seco. Me parecía sentir su mano de noche en la mía, como siempre, en las aguas claras y profundas del sueño, tan distintas de estos lodazales cenagosos y borboteantes que no nos dejan dormir —la Casa es el reino del insomnio, en cuanto uno de los dos se queda dormido —pero no sucede casi nunca— algún vigilante de turno lo sacude enseguida. Dicen que, desmejorados como estamos, dormir no nos sienta bien y no tenemos que abandonarnos, es peligroso, igual que quedarse dormidos en la nieve.

Y en cambio nosotros aquí lo que querríamos es dormir y yo estaba contenta porque podría dormir pronto, dormir con él —hacer el amor en la cama, en el suelo y luego quedarnos juntos, abrazados, entrelazados, una vez nos reímos mucho porque él me besó el pie y yo creí besar su hombro y en cambio, en aquel enredo de piernas y brazos, resulta que era el mío.

Quedarnos dormidos de nuevo juntos, él todavía dentro de mí, lo sentía aún estremecerse, cada vez menos, mientras nos deslizábamos en el sueño, el amor es este sueño en el que continúa y se apaga dulcemente sin apagarse de verdad nunca— en caso contrario es solo una charada, una fricción, un sobresalto y después enseguida tienes ganas de levantarte, de volverte a vestir y marcharte por tu cuenta. Estoy segura de que eso es lo que ha hecho con todas las demás, de que solo en mí ha dormido en ese gran abandono.

Sus labios, su boca, sus palabras. Tantas cosas que decimos, que contarnos, después de tanto tiempo. Me parecía estar oyéndole ya, cuando empieza ya no termina, habla que te habla, incluso en la cama, algunas veces preferiría que estuviera un poco más callado, por lo menos en la cama. Entre otras cosas, estaba decidida a decirle que quería habitaciones separadas, porque ronca y porque de vez en cuando se tiene necesidad de estar solo. Y de todas formas, ya puestos, qué importaba un esfuerzo más; si había venido hasta aquí abajo —vaya cara dura y vaya coraje, por eso me gusta tanto, nadie es capaz de tener ocurrencias como las tuyas—, que hiciese otro esfuerzo y me comprase, allí arriba, un piso un poco más decente, más grande, más céntrico y con garaje, para no tener que tomarme la molestia de buscar aparcamiento cada vez, molestia que me toca siempre a mí, porque, si no, resulta que él acaba por darle a algún coche, y una hermosa vista. Al fin y al cabo, si quiere, un poco de dinero lo sabe sacar si se remanga y se pone manos a la obra en su mesa sin hacerse tanto de rogar con lo que le piden que escriba, antes que pasarse la vida hablando, haciendo el bobo todo el día. Con esa labia que tiene... Pero incluso hablar, a veces, es hacer el amor y yo no veía el momento de oírle, de saber qué es lo que había hecho y dicho y escrito, si había compuesto nuevas canciones.

Y sobre todo qué había pasado con aquella canción incompleta, ni siquiera empezada en realidad, que le roía el corazón no saber entonar. Esa lo era todo, decía; cantarla y ya luego deponer la lira que ya no sería necesaria, una vez abiertas de par en par con ese canto las puertas oscuras y desvelado el secreto. Allí detrás, decía mostrándome las férreas puertas de la Casa, cuando las veíamos a lo lejos paseando por las afueras de la ciudad, se pueden mirar cara a cara las cosas. Aquí fuera solo podemos mirar esas puertas, cuyas bruñidas escamas convexas reflejan las imágenes quebradas

de las cosas, que se alargan oblicuas o se hinchan túrgidas si nos desplazamos un poco hacia atrás o hacia delante, que se adelgazan se dilatan se escachan —solo conocemos caricaturas fugitivas, no la verdad, escondida al otro lado, detrás de esos espejos de bronce. Pero yo, amor mío, me decías, ya no puedo cantar solo a las hadas morganas de esos espejos, de esos reflejos ilusorios. Mi canto tiene que decir las cosas, la verdad, lo que tiene unido o disgrega el mundo, cueste lo que cueste. Incluso si cuesta la vida —no le pregunté si la suya o la mía— o bien enmudecer, que para mí sería peor que morir.

Y entonces, señor Presidente, me dio una punzada en el corazón; una luz, un fulgor que rasga la oscuridad pero también el alma, porque comprendí lo que iba a preguntarme acto seguido y comprendí que todo había acabado. El camino cortado, el puente caído, el abismo insalvable. Me parecía ya que le oía preguntarme por la Casa, y por Usted, señor Presidente, por la Fundación y por nosotros y por lo que hay verdaderamente aquí dentro y por cómo son verdaderamente las cosas, los corazones, el mundo. Sí, porque hasta él, señor Presidente, está persuadido —como todos, como yo antes de venir aquí— de que una vez dentro de la Casa se ve por fin cara a cara la verdad —no velada ya, refleja y deformada, disfrazada y maquillada como se la ve allí fuera, sino directamente, cara a cara. Cantar el secreto de la vida y de la muerte, decía, quiénes somos de dónde venimos adónde vamos, pero dura es la frontera, la pluma se rompe contra las puertas de bronce que esconden el destino, y así nos quedamos fuera devanándonos los sesos sobre el transcurrir y el permanecer, sobre el ayer sobre el hoy y el mañana, y la pluma solo sirve para llevársela uno a la boca y chuparla, porque solo lo Verdadero grande y terrible es digno de canto —por lo menos del suyo, no lo decía pero lo pensaba— y lo Verdadero se conoce solamente detrás de las puertas.

Allí fuera, señor Presidente, la gente se chifla por saber; hasta quien se hace el desentendido daría no sé qué por saberlo. Él además se desvive más que nadie, porque es un poeta y la poesía, dice, tiene que descubrir y decir el secreto de la vida, que rasgar el velo, abatir las puertas, tocar el fondo del mar donde se esconde la perla. A lo mejor, he pensado, había venido a por mí sobre todo —¿solamente?— por eso, para saber, para preguntarme, para

que le contase lo que hay detrás de estas puertas y él pudiera echar mano de su lira y elevar un canto nuevo, inaudito, el canto que dice lo que nadie sabe.

Ya me lo estaba viendo, agarrado a mí, esperando mis palabras, sus ojos verdes febriles..., y cómo hubiera podido decirle que... Usted ya lo ha comprendido, señor Presidente. ¿Cómo decirle que, aquí dentro, aparte de la luz mucho más tenue, es como allí fuera? Que estamos detrás del espejo, pero que ese reverso es él también un espejo, igual que el otro. También aquí los objetos mienten, se disimulan y decoloran como medusas. Somos muchos, como allí fuera; todavía más, lo que hace aún más difícil conocerse. He hablado con alguno que otro, pero nadie sabe de dónde viene —sí, la ciudad, los padres, de acuerdo, incluso los abuelos, aunque la memoria flaquea, pero de lo que él busca, el secreto del origen, del fin, nadie sabe nada. Hacemos incluso amistades, de vez en cuando hasta un flirteo o a lo mejor alguna cosa más, un amorío, un amor, pero enseguida tampoco aquí se sabe ya qué diferencia hay entre lo uno y lo otro y otra vez enseguida la misma canción, incomprensiones y malentendidos. Al poco no se sabe ya si uno quiere al otro o es solo una costumbre, y luego todo lo demás, reproches desquites despechos, en resumidas cuentas, precisamente como en una familia.

Por lo demás, ¿qué razón hay para que sepamos más que los de allí fuera, más que nosotros mismos cuando estábamos allí fuera? E incluso a Usted, señor Presidente, ¿por qué tendríamos que haberle visto aquí? Supongamos, como suponíamos antes, que haya alguien que dirige todo el cotarro, pero ¿quién es y cómo es y cómo está hecho..., por qué tendríamos que saberlo? Las dolencias y los percances que nos han mandado a estos pasillos y a estos valles oscuros, los pequeños incidentes en el corazón o el cerebro, el morbo venenoso de una serpiente o de un tubo del gas no ayudan a comprender mejor este inmenso laberinto del antes y el después, del nunca y el siempre y del yo y el tú y el...

Estamos al otro lado del espejo, que es igualmente un espejo, y vemos solo un cara pálida, sin estar seguros de quién es. Si uno se rompe una pierna, no por ello pretende ver al Presidente, y romperse la cabeza no supone ninguna ayuda adicional. El río fluye, la sangre fluye, un dique se

rompe, el agua se desborda e inunda los campos, el nadador se hunde, bebe, vuelve a emerger, continúa nadando sin ver nada ni en el mediodía cegador ni en la oscuridad de la noche.

¿Cómo iba a decirle que yo, incluso desde aquí dentro, no sé más que él? Le hubiera dado algo, a mi vate. Me imaginaba sus quejas, un hombre acabado, un poeta al que le han robado el tema; habría pensado que esa conjura cósmica era toda una maniobra contra él, para hacerle morder el polvo, para condenarlo al silencio. Si les hubiera dicho a los demás que aquí dentro es como allí fuera le habrían puesto de vuelta y media, en especial sus ansiosas admiradoras que lo veneran como a un guía espiritual, y si se hubiera callado se habría sentido un cobarde. Pero sobre todo vaya papelón que hubiese hecho, venir hasta aquí adentro, hasta aquí abajo, para descubrir que no valía la pena, que detrás de la puerta no hay nada nuevo.

Ya me lo veía venir, atormentado extraviado aterrorizado enfurecido mosqueado enfadadísimo conmigo porque le había echado todo a perder — y luego los días y las noches juntos, yo a su lado y él que me mira de refilón, la aguafiestas que ha mandado todo a hacer gárgaras, atemorizado de que lo largara por ahí, cohibido ante la idea de que lo vieran por la calle conmigo, a él, que salió como un héroe hacia lo desconocido y ha vuelto con el rabo entre las piernas. Y cuando hubiera llegado, para él o para mí, la hora de volver de nuevo, y definitivamente, a la Casa, qué desastre la repetición de los adioses, reducidos nada más que a formalidades. De pronto me sentí cansada, agotada; volver a empezar, cocinar, lavar, hacer el amor, ir al teatro, invitar a alguien a cenar, dar las gracias por las flores, hablar, equivocarse y malinterpretarse, como siempre, dormir levantarse volverse a vestir...

No, imposible, no hubiese podido, no podía. Me sentía de golpe tan cansada. Pero tal vez habría apretado los dientes y me hubiera tragado mi cansancio y hubiese tirado para delante. Las mujeres saben hacerlo, lo hacen casi siempre, hasta cuando no saben ya por qué o por quién. Incluso la idea de tenerlo de nuevo siempre encima no es que me..., pero sobre todo la idea de tener que callar, que cambiar de tema cuando él hubiera preguntado, cuando hubiese querido saber, él tan sensible, tan frágil...

Así que es por eso, señor Presidente. No, no es como se ha dicho, que se ha dado la vuelta por demasiado amor, incapaz de esperar y tener paciencia, y por lo tanto por demasiado poco amor.

Y ni siquiera porque, si hubiese vuelto con él, a su casa, ya no habría podido cantar esas canciones melodiosas y estremecedoras que expresaban el dolor por mi pérdida y por toda pérdida y que habían dado la vuelta al mundo, difundidas por las máquinas de discos y luego por los CD y amadas por todos, que habrían continuado amándolas solo si las hubiese seguido cantando aún y hubiese cantado otras como esas, el tormento de mi lejanía, el viento que movía las cuerdas de su lira, que hacía de él un poeta solo si estaba sin mí por la pena de estar sin mí.

Conozco ese estúpido chismorreó. No, señor Presidente, no es por ese motivo indigno y trivial por lo que se ha dado la vuelta y me ha perdido. Es una calumnia de colegas envidiosos que quieren dar de él la imagen de un narciso egoísta para hacerle perder el favor del público, quizá los mismos que difundieron también esos rumores acerca de los chicos guapos con los que al parecer se habría consolado por mi ausencia, haciendo encolerizar a sus rendidas admiradoras, capaces por celos de sacarle los ojos. No, señor Presidente. He sido yo. Él quería saber y yo se lo he impedido. Solo Dios sabe lo que me ha costado. Sí, es verdad, estaba cansada, ahora ya me había acostumbrado, sentía casi apego a la Casa y a sus ritmos. Pero me hubiera gustado mucho salir un poco —solo un poco, lo sabíamos los dos— a aquella luz de verano —al menos por un verano, un verano en aquella pequeña isla donde él y yo... Incluso sola, incluso sin él habría sido feliz dando un paseo por allí.

Pero le habría destrozado, saliendo con él y respondiendo a sus inevitables preguntas. ¿Destrozarle yo? Antes preferiría que me picase una serpiente cien veces más venenosa que aquella banal infección.

Así que Usted comprenderá, señor Presidente, por qué, cuando estábamos ya cerca de las puertas, le llamé con voz fuerte y segura, la voz de cuando era joven, en el otro lado, y él —yo sabía que no resistiría— se dio la vuelta, mientras yo sentía que me iba para atrás como absorbida, ligera, cada vez más ligera, una figurilla de papel al viento, una sombra que se alarga se retira y se confunde con las demás sombras de la tarde, y él me

miraba petrificado pero firme y seguro y yo me desvanecía feliz en su mirada, porque ya le veía volver desgarrado pero fuerte a la vida, desconocedor de la nada, capaz todavía de serenidad, tal vez hasta de felicidad. Ahora de hecho, en casa, en nuestra casa, duerme, tranquilo. Un poco cansado, ya se entiende, pero...